

NEGRA

El pasado viernes vi que entre los dedos blancos de mis manos brillaban unos dedos negros, como espejos de carne que reflejaran la profundidad de aquella noche del Mediterráneo. Fuentes y grillos invisibles agitaban la penumbra de un bosque de naranjos, y yo, sin soltar sus manos, trataba de hacer pie en sus ojos, que eran más profundos y oscuros que el cielo. A las cuatro de la mañana nos despedimos en una rotonda con un abrazo muy largo. De pronto paró un coche. Dentro se agitaban tres machos jóvenes con el pelo rapado. Uno de ellos sacó medio cuerpo por la ventanilla y gritó: “¡Negra de mierda!” El coche se alejó y ella me miró aterrada, con los ojos encharcados de desesperación. Entonces yo besé sus labios negros, que sabían a agua de sal.

Al día siguiente me dio por entrar en un Iglesia donde se podía admirar una de las Vírgenes Negras que hay en este país. Un joven leía párrafos de las Cartas de San Pablo a los Apóstoles. Era el mismo que, la noche anterior, había gritado lo de “negra de mierda”. Perdí el control y me levanté: “¿Por qué no le llamas negra de mierda a esa Virgen que tienes detrás?” En pocos minutos me vi metido en un garaje, recibiendo golpes en todas las partes de mi cuerpo. En el delirio del dolor soñé que estaba sentado junto a un monje que sacaba patatas de una tierra muy oscura, muy fértil. Y el monje me dijo: “Quiero que les digas a tus contemporáneos que nosotros, los monjes católicos de la baja Edad Media, hemos ido permitiendo, recelosos, las imágenes de las vírgenes negras. Casi todas las culturas han venerado a las diosas negras, que representan la Mater Natura, la oscuridad jugosa y vital de la tierra virgen, el misterio de lo oculto, de lo inexpresable. Negra es la diosa Dana de los muy blancos celtas, y también lo es Isis Negra en Egipto, y Afrodita Melania en Beocia, y Artemisa Melania en Efeso, y lo será nuestra Virgen María. Durante estos siglos de afirmación del Cristianismo en Occidente, los campesinos han seguido adorando a sus primitivas diosas negras. No nos queda más remedio que integrar sus creencias en nuestros ritos, porque sabemos que nunca podremos eliminar la Tradición Sagrada Universal, que es desde donde ejercen su poder esas Diosas Negras.”

Desperté en un hospital. Ella acariciaba mi mano blanca con su mano negra.